

Unión inefable de la Madre y del Hijo, que hacía de los dos un solo corazón para amar, un solo cuerpo para sufrir, una sola voluntad para ofrecer á la justicia de Dios el mismo sacrificio y á los hombres la misma redención.

En la medida en que somos capaces, dignate oh dulce Madre, reproducir en nosotros tu comunión inefable.



## EL MISTERIO EUCARISTICO.

### I

#### EXPOSICIÓN DEL MISTERIO.

El Maestro divino, el dulce Redentor de la humanidad pecadora, conduce á sus discípulos á Jerusalén, la víspera de su muerte, los sienta á su mesa y celebra con ellos la cena de Pascua.

Allí, de sus labios que guardan los tesoros de la infinita sabiduría, van á brotar palabras meditadas desde toda la eternidad, y bosquejadas en el desierto, cuando prometía, á las muchedumbres que escuchaban su voz, que daría su carne en alimento y su sangre en bebida, para la redención del humano linaje.

Sabe, y lo recuerda en aquella hora bendita, que viene de Dios, que es Dios como su Padre, y

que, habiéndose depositado en sus manos todo poder, puede intentar las maravillas más sorprendentes, sin que fuerza ninguna pueda resistirle.

Entonces, apremiado por el impulso irresistible de un amor infinito como su alma, cuando el respeto y la emoción suspenden á los Apóstoles en un silencio solemne, toma el pan y dice: *Este es mi cuerpo. . . . .*; *Esta es mi sangre.*

Esta es la voz del Señor en el poder, la voz del Señor en la magnificencia.<sup>1</sup>

Al escucharla, se han estremecido los cielos y la tierra.

Aquella palabra obra sobre Dios y sobre todo el mundo de los cielos.

La naturaleza se ha conmovido hasta sus cimientos.

Una influencia vital, hasta entonces desconocida, atraviesa el mundo de las almas.

Un foco de luz inextinguible se ha encendido en la tierra.

Algunas sílabas, pronunciadas en las intimidades de un convite de despedida, han creado un cielo nuevo y una nueva tierra, un testamento nuevo y un nuevo sacerdocio.

<sup>1</sup> Salmo XXVIII-4.

Ellas han inaugurado el reino del Dios del amor, que ha de durar hasta que venga el Señor de la gloria.

Y lo que hizo Jesús en la cena, mandó que después de él y como él, lo hicieran sus discípulos.

Y desde entonces, sus sacerdotes repiten esas palabras en su Espíritu y con su poder.

Llevan diez y nueve siglos de repetirse, por muchos labios, y conservan la misma eficacia que en la primera hora en que fueron pronunciadas; obran con el mismo poder y realizan los mismos prodigios.

Participan de la virtud del Verbo, engendrado siempre entre los esplendores de una juventud perpetua y en la plenitud de una vida infinita, que sin cesar se comunica y que jamás comienza á agotarse.

Y hoy, y hasta el fin de los tiempos, todo sacerdote católico, irá, pronunciándolas, tan lejos como Jesús.

Su voz resonará hasta en el seno de Dios, para crearlo en el altar; hasta en las profundidades de la naturaleza, para obligarla á que se preste á las maravillas de la presencia sacramental; hasta las extremidades del mundo de las almas, de esta

Iglesia universal que cuenta con ciudadanos por todas partes, para regocijar á los bienaventurados, consolar á los que sufren y santificar á los que trabajan.

Esas palabras pronunciadas por Cristo en la cena y repetidas hoy por sus ministros, en los altares de la Iglesia Católica, realizan maravillas incomparables, estupendos prodigios que arrebatan y que deleitan.

Pero, ¿de qué se trata? pregunta el Padre Monsabré.

Se trata, responde, de poner, en donde se ve pan y vino, el cuerpo y la sangre de Jesucristo.

Y de hecho, allí están por virtud de las palabras de la consagración.

Están *verdaderamente*, porque la Eucaristía no es un signo, una figura que Cristo ennoblece, permitiéndole que represente su cuerpo y su sangre.

Están *realmente*, porque la Eucaristía no es una simple invitación para pensar en Jesucristo y poseerlo objetivamente por la fe.

Están *sustancialmente*, porque la Eucaristía no es el puro receptáculo de una virtud comunicada de lejos por la humanidad gloriosa de Cristo.

Lo que reside, lo que está presente, por la fuerza y virtud de las palabras sacramentales, allí donde no vemos más que el pan es, como canta la Iglesia, el cuerpo verdadero que nació de la Virgen, el cuerpo que sufrió indecibles dolores, el cuerpo que fué inmolado en la cruz para la salvación de la humanidad.

*Verum corpus natum  
De Maria Virgine,  
Vere passum, immolatum  
In cruce pro homine.*

Pero no es este el único prodigio.

El cuerpo y la sangre están como separados, por las palabras de la consagración.

No es, sin embargo, la Eucaristía el sepulcro de un cuerpo muerto, ni el vaso funerario en que se ha recogido su sangre.

Es Cristo vivo, glorioso é inmortal el que está presente en el sacramento.

Su cuerpo y su sangre no se separan.

En donde está el uno, viene la otra.

Y no sólo el cuerpo sigue á la sangre y la sangre al cuerpo, sino que el alma y la divinidad están presentes, en virtud de esta real é inevita-

ble concomitancia que hace que el cuerpo vivo lleve consigo á la persona toda á los lugares en que reside.

La separación de las cosas realmente unidas, sólo se percibe, dice Santo Tomás,<sup>1</sup> por la operación del entendimiento: *Sola enim operatione animæ discernuntur quæ realiter sunt conjuncta.*

Así es que, bajo cada una de las dos especies están el cuerpo, la sangre, el alma y la divinidad de Jesucristo.

Y este Verbo divino está bajo las especies, no unido hipostáticamente á la sustancia del pan y del vino, ni penetrando á la una y á la otra: no hay en la Eucaristía ni *impanación*, ni *consustanciación*.

Las palabras de la consagración fueron en los labios de Jesús tan poderosas, y lo son en los de la Iglesia, que cambian las sustancias del pan y del vino en la sustancia del cuerpo y sangre de Cristo: hay *transustanciación*.

No quedan más que los accidentes de pan y de vino: apariencias maravillosamente conservadas de sustancias que no existen.

<sup>1</sup> III P. quæst. 76, a. 1.

Y no paran aquí las maravillas.

El misterio se multiplica, sin aminorarse, en cada una de las partes de la cantidad mensurable de los accidentes eucarísticos.

Jesucristo está todo entero bajo estas partes, juntas ó separadas.

Ni los efectos físicos que esas partes producen ni la corrupción á que están sujetas, deben atribuirse á la carne invisible é inalterable del Salvador.

Esta carne inaccesible á todas las sensaciones y á todas los accidentes, mora bajo los velos que la cubren, sin tocarla mientras no cambien de naturaleza.

La residencia de Cristo en la Eucaristía es perseverante é independiente del uso del Sacramento.

Allí está el autor de la gracia, aunque nadie se acerque á participar del pan del cielo.

He aquí el misterio eucarístico.

La razón retrocede espantada al borde de los abismos que ante ella se abren.

Estos temores deben calmarse.

Hay que creer en este misterio; pero la razón da motivos para creer.

## PRUEBAS DE LA VERDAD DEL MISTERIO EUCARÍSTICO.

## NEGACIÓN DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

La Iglesia ha condensado, en fórmulas luminosas y precisas, su enseñanza sobre el Misterio Eucarístico.

Para establecer las pruebas que fundan la verdad de este dulce é incomparable Misterio, preciso es admitir la verdad de la revelación cristiana.

Sin ella será imposible probar inmediatamente la verdad de la Eucaristía, como sería imposible á un profesor de matemáticas demostrar los cuatro últimos libros de la geometría al que ignora los cuatro primeros, como sería imposible á un físico hacer comprender las admirables leyes de la luz al que no tuviese noticia de las primeras palabras de la ciencia algebraica.

Hay en las ciencias humanas como en las ciencias divinas, verdades que suponen otras ya conocidas, y la verdad tiene sus senderos progresivos, como las rutas que conducen de una ciudad á otra distinta.

Si no se cree en el Evangelio, si no se admite la divinidad de Jesucristo, la verdad de la Eucaristía no podrá establecerse.

Debe, pues, comenzarse por demostrar la divinidad de Jesucristo y la autenticidad é inspiración divina del Evangelio.

Y es preciso hacerlo así, porque los enemigos de la fe se burlan ó afectan burlarse de los católicos, quienes, á su juicio, no pueden presentar demostraciones completas de las verdades que acepta su entendimiento y propagan con su palabra.

Y es preciso hacerlo así, hoy más que en otras épocas, porque la negación de la divinidad de Jesucristo, que no es nueva por cierto, reviste cierto carácter, se da ella misma como la última palabra de la ciencia y del pensamiento humano.

Esta negación contemporánea, preciso se hace repetirlo, no es nueva, es tan vieja como el cristianismo, y lo que hace únicamente es cambiar de forma, según el medio en que vive y las condiciones en que se propaga.

Es ciertamente de notarse, como lo advierte un célebre apologista moderno,<sup>1</sup> que la negación de la

1 Didon. La Divinidad de Jesucristo.

divinidad de Jesucristo está siempre á merced del espíritu reinante y que siempre se inspira y se modela en la doctrina, en las costumbres y en los intereses del momento en que se proclama y del medio en que se desenvuelve.

La primera, contemporánea de Jesucristo, es la negación judía.

Cristo afirma ser Hijo de Dios.

Los judíos, poniéndose bajo el punto de vista supersticioso de la unidad divina, rehusaban admitir, no obstante las numerosas y trasparentes alusiones de los Profetas, que la vida íntima de Dios en muchas personas fuese compatible con la unidad de su naturaleza.

Por eso, cuando Jesús afirmaba su divinidad, escandalizados respondían: Tú blasfemas: te haces el Hijo de Dios, igual á Dios: ¿hay dos dioses, por ventura?

Y Jesús fué condenado no por rebelde á la autoridad civil, como la crítica actual se complace en repetirlo, sino por haber blasfemado la unidad de Dios en el sentido judaico, al afirmar que era el Hijo de Dios.

En los tres primeros siglos de la era cristiana, la negación de la divinidad de Jesucristo era una

forma del error entonces dominante: el Gnosticismo.

Para los defensores de este error, que tiene por base el dualismo y la emanación, Cristo es un ser inferior á Dios, ser que jamás se ha unido á la materia principio del mal.

En el IV siglo, cuando las doctrinas relativas á la Trinidad apasionaban á los espíritus deseosos de investigar los misterios de la vida divina, los Arrianos rehusaban tenazmente reconocer la igualdad sustancial de las personas en Dios, especialmente la del Padre y la del Hijo.

Aceptaban los Arrianos á Jesucristo como Hijo de Dios; pero negaban que fuese igual al Padre.

Esto era negar la divinidad del Verbo Encarnado.

Y esta negación fué casi universal, porque el Arrianismo, según la frase de San Jerónimo, invadió al mundo todo.

En el VII siglo aparece la negación mahometana.

Mahoma reconoce á Cristo como á un profeta pero inferior á él.

Los Mahometanos suprimieron la divinidad de Jesucristo.

Sopla después el viento terrible de la reforma, y en ese torbellino aparece una nueva negación de la divinidad de Jesucristo, la doctrina sociniana.

Los socinianos tenían como los judíos el culto fanático de la unidad de Dios.

Negaban la Trinidad y negaban la Encarnación del Verbo:

Con el siglo XVIII vino la negación deísta.

Los filósofos y los sabios de entonces aceptan á Dios, sus atributos divinos de verdad y sabiduría, de poder y misericordia, de justicia y de providencia; pero niegan la intervención positiva de Dios en la humanidad, la revelación y el milagro, y de consiguiente, la obra más grande de Dios, la Encarnación del Verbo.

Jesucristo para ellos no es más que un hombre más perfecto, más sabio, que los ignorantes han divinizado.

Este es el carácter de la negación racionalista.

La negación de este siglo, la negación contemporánea, es más sabia y más completa.

Se distingue por un movimiento de ateísmo, que no tiene ejemplo en la historia de la humanidad pos-diluviana, á decir del Padre Didón.

Este movimiento consiste en suprimir á Dios

de todas partes, en el origen de las cosas, en su evolución, en su fin, en el origen de la vida, en el origen de las especies y de los géneros, en el origen del hombre, en la evolución de la raza humana, en la conciencia de la humanidad, en las sociedades políticas, en el alma del niño, en el corazón de la mujer, en la ley, en todas partes.

Esta es la negación positivista: esta es la negación dominante.

Es, por tanto, preciso, para demostrar la verdad de la Eucaristía, ante las sociedades modernas, inficionadas de positivismo, establecer aunque sea brevemente la divinidad de Cristo y la autenticidad del Evangelio.

“Si yo encontrase un hombre, dice Mgr. Landriot, que no creyese en los Evangelios, ni en la divinidad de Jesucristo, comenzaría por establecer estas dos verdades: después, con el Evangelio en la mano, le haría yo comprender el pensamiento del Salvador divino al instituir la Eucaristía.

Eso es lo que hoy se necesita.

NEGACIÓN POSITIVISTA  
DE LA DIVINIDAD DE JESUCRISTO.

Importantísimo sería desenvolver las pruebas sobre la divinidad de Jesucristo, contra todas las escuelas que la han negado, desde la época en que apareció en el mundo el Redentor de la humanidad pecadora.

Pero la exposición de esas pruebas, hasta cierto punto, sería inútil, en los tiempos que corren.

Todas las negaciones que han precedido á la negación reinante en estos días, de tanta ciencia y de tanta luz, es decir, á la negación positivista, están ya sepultadas en esa fosa común en la que caen sin honor, uno por uno, aquellos que niegan á Jesucristo.

La negación judaica, desapareció ante la gran afirmación y la casi universal adoración de la divinidad de Jesucristo.

La negación gnóstica, bajo su forma original, se ha perdido, desvanecida con todas las sutilezas del Oriente, que no es ya más que una tierra desolada y muerta.

La negación musulmana vive aún; pero no vive en los países civilizados: se ha retirado, del mundo europeo, á aquellas comarcas en donde la civilización cristiana no ha penetrado todavía, pero que va á conquistar en nombre de Cristo, Hijo de Dios: la lucha está próxima.

La negación sociniana, se pierde también en las variaciones sin número de las doctrinas protestantes.

La negación deísta, la que tanto defendieron y propagaron los que asimismos se llamaban, sabios y filósofos en el último siglo, ha envejecido y ha envejecido mucho, á decir de los modernos incrédulos.

Queda hoy la negación científica, la negación positivista.

Esta negación, es hija de la escuela positivista que invade hoy á las universidades del mundo oficial, á sus instituciones, á sus leyes y á muchas inteligencias.

Augusto Comte, conocido por sus necias exentricidades y arrebatado alguna vez por furiosa demencia, es el padre de la filosofía positiva y, al mismo tiempo, el sumo pontífice de la religión positivista.



Ernesto Littré, fiel discípulo de Comte, médico que enseñó y escribió en París, fué quien principalmente contribuyó á esparcir el conocimiento de su maestro y el de su célebre doctrina.

A éste han seguido, moderando algunos de los dogmas de esa religión, muy pocos por cierto, el francés Taine, y los ingleses Stuart-Mill, Spencer y Bain.

Las sociedades modernas, bebiendo en esas fuentes y rindiendo fervoroso culto á esos maestros, niegan la divinidad de Cristo y su negación es consecuencia inevitable de su sistema y de sus principios.

Para establecer la divinidad de Jesucristo, frente de esa escuela, preciso es conocer su doctrina, aunque sea en compendiado resumen.

El positivismo, nacido en Francia, es para muchos de los católicos, según la oportuna observación del P. Félix,<sup>1</sup> como uno de esos países extranjeros de que se oyen contar cosas prodigiosas, y á los que casi no se conoce más que por las relaciones de los viajeros que han tenido la suerte de visitarlos.

<sup>1</sup> El progreso por medio del cristianismo, tom. 10, conferencia 5ª

Y esta oportuna observación del sabio jesuita, se ve realizada en nuestro suelo.

Los católicos mexicanos, bien los que tuvimos la fortuna de ser educados en las antiguas escuelas, bien las generaciones que hoy se levantan educadas, aunque tropezando con graves dificultades, á la sombra de la Cruz, en las escuelas católicas hoy existentes, escuchamos, sorprendidos, las maravillas de esa nueva ciencia y de esa nueva filosofía que, con santo entusiasmo, refieren sus adeptos.

Noticias son de viajeros que han visitado esa ciudad, para nosotros casi desconocida.

Necesitamos, pues, para presentar nuestras pruebas sobre la divinidad de Jesucristo, adecuadas á las exigencias de esa filosofía, y fundar en seguida la verdad del Misterio Eucarístico, hacer una exposición clara y breve de ese sistema, que se aviene muy poco, en nuestro concepto, con el buen sentido del género humano.

Difícil es hacer esa exposición, porque no es infrecuente tropezar, como lo advierte el mismo P. Félix, con uno de dos escollos: calumniar ó lisonjear; desfigurar, ó embellecer; ser injusto con el error, á fuerza de amor á la verdad; ó ser in-

justo con la verdad á fuerza de contemplaciones con el error.

Para salvar esos dos escollos, para exponer rápidamente las doctrinas positivistas, con imparcialidad completa y estricta justicia, las mostraremos, en sus grandes rasgos, pintadas por ellas mismas.

#### POSITIVISMO.

La humanidad, al decir de los fundadores de esta escuela, ha estado hundida en las sombras y en el error, hasta poco antes de mediar este siglo.

A ella estaba reservado difundir la luz en el universo y dar nueva organización á la ciencia.

Ella es la que anuncia no sólo una nueva reforma del mundo, sino lo que es más grave y radical todavía, *una nueva educación de las inteligencias*, una refundición del espíritu humano.

Para establecer las bases de esta ciencia, que está regenerando á las sociedades, la escuela positivista comienza por asentar estos principios.

Dios es una quimera, un producto de la imaginación humana, una ficción sin realidad.

El alma, como sustancia distinta y superior al cuerpo, es otra quimera.

El pensamiento es simplemente una secreción del cerebro.

La libertad ó libre albedrío, una decepción.

La inmortalidad del alma, la vida futura, la creación del mundo y la Providencia Divina son hipótesis mentirosas y destituidas de todo fundamento: son palabras vacías de todo sentido.

No hay más criterio de verdad que la experiencia material y sensible; no hay más seres que aquellos cuya existencia atestiguan los sentidos.

Los seres espirituales y las causas primeras, son fantasmas de una imaginación delirante.

No hay más seres reales que la fuerza y la materia, ó mejor dicho, no hay más realidad que la materia, la cual, merced á la fuerza de que se halla dotada y que le es inherente, se desarrolla, se eleva, se perfecciona y se transforma, produciendo por este medio, todos los seres, cuya existencia nos revela la experiencia.

La materia y la fuerza son eternas, inmortales é infinitas como lo es el mundo, el cual no es otra cosa que el conjunto de cuerpos y fenómenos, resultantes de la transformación sucesiva y de la

circulación perpetua de la fuerza, como propiedad esencial de la materia, sujeta á reglas fijas necesarias é inmutables.

Tal es, en resúmen, el conjunto de principios ó afirmaciones que ofrece, como la última palabra de la ciencia, el materialismo positivista representado por Feuerbach, Heine, Hackel, Vogt, y sobre todo por Büchner y Moleschott, en Alemania; por Stuart Mill, en Inglaterra; por Comte, Taine, Littré, y parcialmente por Vacherot, en Francia.

Así es que la verdadera ciencia, está exclusivamente destinada á observar, analizar y clasificar los hechos particulares; á reconocer y fijar por inducción las leyes que presiden y determinan la existencia de los fenómenos sensibles, negando y excluyendo toda intervención de las nociones abstractas é ideas metafísicas.

Tal es, para el positivismo, la función propia de la ciencia y el método único para llegar al conocimiento de la realidad.

En consecuencia, el positivismo declara *fuera de la ciencia* á la Teología, que trata de Dios, porque lo absoluto es inaccesible al espíritu humano, y constituye una simple hipótesis.

Excluye, igualmente, á la metafísica, porque las entidades abstractas de que ella se ocupa, son también ficciones, que carecen de valor científico.

Esas dos ciencias, están condenadas por el positivismo á un desuso definitivo y á una impotencia irremediable.

La Psicología ó la ciencia del alma, que es otra hipótesis, también queda fuera de los linderos científicos, porque entre los animales y el hombre no hay más que diferencia accidental y de grados.

La ciencia moral está de igual modo fuera de sus dominios, porque la noción de derecho es inmoral: así lo dice Comte.

La verdadera moral, dice el P. Félix, la que consagra la ciencia, en sentir de los positivistas, descansa por completo en la distinción de los instintos egoístas y altruistas, ó sea los que concentran al hombre sobre sí mismo, y los que lo inclinan á los demás.

El egoísmo y el altruismo son los dos polos de la vida moral en la humanidad.

Descartadas todas las regiones de la hipótesis, y reconocidas como inaccesibles á las miradas de la verdadera ciencia, los dominios científicos se